

Los efectos de la reducción del tamaño de las familias en las relaciones familiares de las personas viudas

GERARDO MEIL*

RESUMEN¹

El cambio familiar ha traído consigo la planificación familiar y ésta la drástica reducción del tamaño de las familias y el aumento de las parejas sin hijos. Dado el papel central que cumple la familia en la sociabilidad de las personas y como fuente de ayuda en caso de necesidad, en el presente trabajo se analiza si la reducción del número de hijos y de hermanos promueve el aislamiento social y el desamparo cuando se necesita ayuda, reduciendo con ello la calidad de vida de las personas con una red familiar reducida. El análisis se centrará en las personas viudas, dado que son las potencialmente más vulnerables. Los resultados obtenidos no avalan esta hipótesis.

1. CAMBIO FAMILIAR Y SUS EFECTOS SOBRE LA ESTRUCTURA DE PARENTESCO

En el último cuarto del siglo XX, en España, como en todos los países industriales desarrollados, se ha producido un profundo cambio en el significado que la sociedad y los individuos asignan a la familia. No se trata de que la familia haya perdido importancia, por el contrario, sigue atribuyéndosele una gran importancia en los proyectos de vida de las personas, y el derecho de familia, lejos de desaparecer, no ha hecho sino ampliarse. Lo que ha

* Catedrático de Sociología, Universidad Autónoma de Madrid. gerardo.meil@uam.es, www.uam.es/gerardo.meil

¹ Este artículo recoge algunos de los resultados de la investigación titulada "Enviudar en una sociedad cambiante", financiada por la Dirección General de Investigación Científica del Ministerio de Ciencia y Tecnología, SEJ2006-08676, a quien el autor agradece su apoyo.

cambiado profundamente son las formas en las que se constituye y organiza la convivencia así como las relaciones entre los miembros que conforman la familia. Este cambio familiar se enmarca, lógicamente, en el contexto de un cambio social más profundo que tiene lugar tanto en la esfera de los valores, actitudes y opiniones, esto es, en la dimensión que los sociólogos denominan cultural, como también en las bases materiales de la familia o, más concretamente, en el papel que la familia, los mercados y el Estado tienen en la provisión de bienes-tar a los individuos.

El cambio cultural en lo que se refiere a la familia puede resumirse con los conceptos de desinstitucionalización, privatización e individualización de los proyectos de vida familiar de las personas. Con el concepto de desinstitucionalización se hace referencia al proceso social en virtud del cual la sociedad va dejando de controlar estrechamente cómo se forma una familia y cómo se organiza la convivencia entre sus miembros. Las normas sociales que antaño sujetaban la vida privada de los individuos a un estricto control social han sido puestas en cuestión a favor de una mayor libertad individual de los comportamientos. Los proyectos y formas de vida familiar, así como las relaciones entre los miembros de la red familiar, se han privatizado y los modelos heredados del pasado han perdido en fuerza vinculante. Afirmaciones del tipo "es mi vida y yo decido qué hago con ella", "son mis asuntos y tú/la abuela/la gente/no tienen por qué meterse", etc., referidas a decisiones familiares importantes (por ejemplo, si casarse o convivir, si separarse o no, tener hijos o no, o cuántos), son ejemplos de cómo las personas afirman esta autonomía de decisión en sus proyectos de vida y rechazan el control social. Actitudes hacia los demás reflejadas en afir-

maciones tales como “es su vida ...”, “no soy quién para decirle(s) lo que tiene(n) que hacer ...”, “no puedo entrometerme en su vida ...”, “él/ella sabrá lo que es mejor para él/ella ...” y similares reflejan la aceptación por parte de los demás de esa autonomía de decisión y de la privatización de los proyectos de vida individuales.

Este proceso de desinstitucionalización de la vida familiar e individualización creciente de las relaciones familiares, que está alimentado también por una profunda transformación de la funcionalidad económica de la familia para sus miembros, tiene profundas consecuencias sociales e individuales. De estas consecuencias queremos destacar dos.

Por una parte, la planificación familiar ha emergido como la norma social que debe regular las decisiones sobre la tenencia de hijos. En este sentido, los hijos ya no “vienen”, sino que se “tienen”, es decir, que bajo la norma de la “paternidad/maternidad responsable”, se deben tener los hijos que se puedan educar, a los que se pueda dedicar suficiente tiempo, atención y recursos. Los potenciales padres deben fijar el momento temporal más adecuado para tener hijos, sin que sean la consecuencia “natural” de mantener relaciones sexuales y/o iniciar un proyecto de vida en común. La consecuencia de este cambio es la drástica caída de la natalidad hasta niveles por debajo del necesario para mantener el equilibrio demográfico. De generación en generación, las familias se han hecho cada vez más reducidas, de forma que las familias muy numerosas casi han desaparecido y la renuncia a la maternidad/paternidad por parte de las parejas para afirmar otros proyectos vitales ha dejado de estar estigmatizada y se considera una opción plenamente aceptable. En otros términos, el no tener hijos y/o no tener hermanos es en la actualidad mucho más probable que en el pasado.

Al mismo tiempo que ha disminuido la natalidad, ha aumentado también la esperanza de vida, lo que implica un aumento de la probabilidad de vivir durante cada vez más tiempo, de forma que un número cada vez mayor de generaciones conviven en el tiempo, aunque no en el mismo hogar. Esta evolución demográfica ha dado origen a una estructura de la red de parentesco caracterizada por un aumento de las generaciones supervivientes, una reducción del número de hermanos y una reducción aún mayor del número de niños. Este tipo de estructura ha sido descrita, utilizando un símil vegetariano, como “de tipo guisante” (Bengston, Rosenthal y Burton, 1990; Treas, 1995) y es característica de todos los países que han conclui-

do su transición demográfica y particularmente de los países europeos, donde la fecundidad ha descendido muy por debajo del nivel de reemplazo generacional.

Por otra parte, el proceso de desinstitucionalización, privatización e individualización de los proyectos de vida familiar no implica únicamente un menor control social sobre el proyecto de vida individual, sino también un debilitamiento de los lazos de parentesco en su concepción institucional para adquirir cada vez más relevancia la dimensión electiva en las relaciones entre los miembros de la red familiar (Phillipson, 2003). Las relaciones de afinidad adquirirían cada vez mayor protagonismo en las relaciones sociales de los individuos y en la obtención de ayudas no remuneradas en casos de necesidad. Serían las amistades y los parientes con quienes se sintiera mayor proximidad afectiva y que pasarían a ser considerados más como amigos/as que como parientes, quienes con la individualización constituirían el núcleo central de las redes sociales de los individuos, al tiempo que los intercambios de ayudas mutuas no remuneradas perderían en importancia e intensidad.

2. CUESTIONES A ANALIZAR Y METODOLOGÍA

En este trabajo se analizarán los efectos de estos procesos sobre la calidad de vida de las personas viudas en España, para explorar qué efectos puede tener el desarrollo de una estructura de la red de parentesco de tipo “guisante” sobre sus pautas de sociabilidad, así como sobre su bienestar subjetivo y, en particular, los efectos de no tener hermanos/as e hijos/as o de tener sólo uno.

La hipótesis de la que partiremos es, por un lado, que la familia ocupa un lugar central en las redes de sociabilidad de las personas viudas y que ello afecta de forma decisiva a su bienestar individual y, por otro, que la reducción del tamaño de las redes de parentesco conlleva una reducción del contacto social y un aislamiento social mayor, sobre todo cuando no se tienen hijos o hermanos, lo que redundaría en una peor calidad de vida.

Comenzaremos nuestro análisis identificando las características básicas de la red social de las personas viudas y sus formas de convivencia, centrándonos en si tienen hijos, hermanos y otros familiares y amigos, así como en su número

y su ubicación en el espacio geográfico. A continuación analizaremos sus pautas de sociabilidad con los miembros de dicha red y discutiremos los efectos de la reducción del tamaño de la familia sobre estas pautas. En el siguiente epígrafe se analizará si ello afecta a la capacidad de recibir ayuda en caso de necesidad, distinguiendo entre expectativas y situaciones reales de necesidad, centrandó la atención en el caso en que se necesita ayuda de otras personas para realizar las actividades ordinarias de la vida. Finalmente se analizará qué efectos tiene todo ello sobre el bienestar subjetivo de las personas viudas.

Para nuestro análisis nos basaremos fundamentalmente en dos fuentes de datos. Por una parte, recurriremos a la encuesta a población mayor (65 y más años) realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en 2006 (estudio 2.647), con el inconveniente de que no recoge a las personas viudas menores de 65 años, ni toda la información que es necesaria para realizar el análisis propuesto. Por ello nos basaremos también en una encuesta diseñada por el autor en el marco del proyecto de investigación financiado por la Dirección General de Investigación Científica del Ministerio de Ciencia y Tecnología, SEJ2006-08676, aplicada a una muestra de 306 personas viudas de ambos sexos residentes en todo el territorio nacional, por la empresa Metroscopia, entre diciembre de 2007 y enero de 2008.

3. CARACTERÍSTICAS DE LA RED SOCIAL DE LAS PERSONAS VIUDAS

Antes de analizar las características de la red social de las personas viudas conviene destacar dos aspectos relacionados con su perfil socioeconómico. Por un lado, debido al aumento continuado de la esperanza de vida, la incidencia de la viudedad tiene lugar a edades cada vez más avanzadas, por lo que la viudedad es un fenómeno principal aunque no exclusivamente asociado a la vejez. Por otro lado, dado que las mujeres continúan ganando más esperanza de vida que los hombres, la viudedad es ante todo un fenómeno femenino. Ahora bien, no todas las personas viudas son mujeres de edad avanzada, ni tampoco son en general personas dependientes. Así, según la estimación del INE a partir de la EPA, en 2007 había 2,78 millones de personas viudas, de las que un 17,3% eran varones y un 18,7% de ambos sexos tenía menos de

65 años (28% menos de 70 años). Siendo bajos estos porcentajes, en valores absolutos representan, no obstante, una cantidad importante: el número de varones viudos estimado se eleva a 480.400 y el de personas menores de 65 años a 518.200. Por otra parte, la mayoría de las personas viudas de 65 o más años no necesita ayuda alguna para realizar las actividades ordinarias de la vida (52%, porcentaje que se eleva al 61% si se incluye a quienes necesitan sólo ayudas puntuales) (CIS, 2006).

Refiriéndonos ahora específicamente a la estructura de su red social, las personas viudas disponen en la gran mayoría de los casos de una red bastante amplia y heterogénea. Así, entre quienes tienen 65 o más años, lo normal es tener alrededor de 9 familiares consanguíneos directos (la media son 9,8, la mediana 9 y el 75% tiene 5 o más) y sólo hay un 1,4% que no tiene a ningún familiar consanguíneo directo (hijos, hermanos, nietos o padres) y un 3% que sólo tiene a uno. La proporción de personas viudas que no tienen hijos es pequeña (6%), aunque la de quienes sólo tienen uno es apreciable (16%). La ausencia de hermanos, por el contrario, es mucho más frecuente (22%), tanto más cuanto mayor es la edad, sobre todo, por muerte más que por ser hijo/a único/a (cf. cuadro 1). Además de estos y otros familiares, la inmensa mayoría señala tener también amigos (sólo hay un 9% que señala no tener amistades) (CIS, 2006). Por tanto, casi todas las personas viudas disponen de vínculos estrechos con otras personas que potencialmente pueden contribuir a su integración social y, según las circunstancias, prestar ayuda en caso de necesidad. En este sentido, dado el retraso en la edad de entrada en la viudedad y la prolongación de la vida, los efectos de la fuerte caída de la fecundidad registrados a partir de 1976 todavía no son muy marcados, por lo que el desarrollo de una estructura tipo "guisante" no es todavía la circunstancia más habitual entre las personas viudas.

Se ha señalado con frecuencia el carácter marcadamente familista de la sociedad española comparado con otros países occidentales, que se traduce, entre otras características, en un elevado grado de convivencia de las generaciones adultas en un mismo hogar y en el limitado alcance de los hogares unipersonales en todas las etapas de la vida (Reher, 1996), aunque se reconoce el fuerte incremento que han conocido estos hogares en los últimos años (Pérez Ortiz, 2003; IMSERSO, 2009; Sánchez Vera y Bote, 2007, entre otros). El porcentaje de personas viudas que viven solas en

CUADRO 1

COMPOSICIÓN DE LA RED DE PARENTESCO DE LAS PERSONAS VIUDAS DE 65 Y MÁS AÑOS

Número de familiares que tiene	0	1	2	3 y más	Total
Hijos/as	6	16	30	49	100
Hermanos/as	22	26	18	34	100
Nietos/as	12	8	13	67	100
Padres	99	1	0	—	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la encuesta 2.647 de 2006 del CIS.

España se sitúa alrededor del 50%, mientras que en Europa varía entre alrededor de un tercio en Polonia o Irlanda y tres cuartos o más en los países nórdicos y algunos países centroeuropeos². Una de las razones más importantes por las que las personas viudas en España (y otros países europeos) continúan viviendo con otros familiares no es el reagrupamiento familiar tras la viudedad y el rechazo a vivir solas, sino principalmente el sistemático retraso en la emancipación de las jóvenes generaciones durante el último cuarto de siglo (véase cuadro 2). Con todo, efectivamente, la desinstitucionalización de la vida familiar y la creciente individualización han comportado que la proporción de personas viudas mayores que viven solas haya aumentado sustancialmente en los últimos años, particularmente entre los hombres. Así, según los datos que aportan las encuestas del CIS a mayores de 1993 y 2006, la proporción de viudas de 65 o más años que viven solas ha pasado de un tercio a la mitad durante la última década, mientras que en el caso de los viudos ha sido de un cuarto a la mitad (cf. cuadro 2). Este aumento se ha producido, sobre todo, por la reducción de las personas viudas que viven en casa de sus hijos, pues el retraso en la emancipación de los jóvenes ha hecho que la proporción de personas viudas que conviven con hijos no emancipados haya aumentado.

Las personas que viven solas, sin embargo, no están aisladas socialmente, como tampoco lo están quienes viven con hijos u otras personas, sino que buena parte de su red social vive cerca. En efecto, y según los datos de nuestra encuesta Redes

² Información obtenida a partir de los microdatos de la encuesta European Social Values Survey, 2004. Según esta fuente, el porcentaje de personas viudas que viven solas en España sería el 44%.

sociales y bienestar (cf. cuadro 3), para dos de cada tres personas viudas que viven solas y tienen hijos, al menos uno de estos vive a menos de 15 minutos (66%). La proporción de quienes no tienen a ninguno cerca es muy baja, pues sólo un 11% de quienes tienen hijos emancipados no tienen a ninguno a menos de una hora de distancia. Aunque algo más dispersos, los hermanos tampoco tienden a vivir muy lejos. Para el 48% de las personas viudas que viven solas y tienen algún hermano vivo, éste vive a menos de 15 minutos, siendo un 20% quienes no tienen a ninguno a menos de 1 hora (porcentaje que se eleva a 36 si se incluye a quienes no tienen hermanos). Por tanto, los familiares directos tienden a vivir cerca unos de otros, pero no sólo la familia tiende a vivir cerca, sino que también las amistades, y así un 61% señala que “la mayoría de sus amigos viven cerca de donde vive (Usted)”, sin diferencias significativas según vivan solas o no. Esta proximidad residencial de los miembros de la red no varía ni según la clase social de pertenencia, ni tampoco según el tamaño del municipio de residencia, si bien en los municipios de más de medio millón de habitantes las distancias tienden a ser algo mayores (menor proporción vive muy cerca, pero también es menor la proporción de los que viven a más de 2 horas).

La reducción del tamaño de las familias, no obstante, propiciará un cierto incremento de la distancia a la que se vive de la red de parentesco más próxima, puesto que a menor número de miembros mayor es la probabilidad de que se viva más lejos. Así, el porcentaje de personas viudas con hijos emancipados entre quienes el más cercano vive a menos de 15 minutos disminuye del 68% entre quienes tienen 3 o más hijos al 36% entre quienes solo tienen 1, al tiempo que la proporción de quienes tienen al hijo que vive más cerca a 1 o más horas aumenta del 9 al 19%. La misma pauta cabe

CUADRO 2

FORMAS DE CONVIVENCIA DE LAS PERSONAS VIUDAS DE 65 O MÁS AÑOS

	Hombres		Mujeres		Total	
	1993	2006	1993	2006	1993	2006
Vive solo	28	52	37	50	35	50
Con mi pareja sin hijos en mi domicilio habitual	2	1	0	1	1	1
Con mi/s hijo/s en mi domicilio habitual (y eventualmente pareja)	26	29	27	32	27	31
Con mi/s hijo/s en el domicilio habitual de él/ellos	36	12	27	12	29	12
Otras situaciones	9	7	9	5	9	6
NC	0	0	0	0	0	0
Total	100	100	100	100	100	100
Número de casos	197	191	838	1.001	1.035	1.192

Fuente: Elaboración propia a partir de microdatos de CIS, estudio 2.647, septiembre 2006 y CIS, estudio 2.072, diciembre 1993.

encontrarla respecto a los hermanos: la proporción de quienes tienen al hermano más cercano a menos de 15 minutos disminuye del 51% entre quienes tienen 3 o más hermanos al 38% entre quienes sólo tienen uno, al tiempo que la propor-

ción de quienes lo tienen a más de 1 hora aumentó del 17 al 34%. Este aumento de la distancia a la que viven los miembros de la red es relevante porque la proximidad propicia el contacto (Attias-Donfut, 1995; Connidis, 2001; Meil, 2002).

CUADRO 3

PROXIMIDAD RESIDENCIAL DE LOS FAMILIARES CONSANGUÍNEOS DIRECTOS DE LAS PERSONAS VIUDAS SEGÚN SU FORMA DE CONVIVENCIA

	Vive solo		Convive con hijos u otras personas	
	Hijos emancipados	Hnos./as	Hijos emancipados	Hnos./as
0 a 5 minutos	35	24	22	19
6 a 15 minutos	22	15	19	20
16 a 30 minutos	12	15	9	13
1/2 a 1 hora	7	11	6	7
1 a 2 horas	3	4	3	2
Más de 2 horas	7	12	12	24
No tiene hijos/hermanos	11	20	2	13
No tiene hijos emancipados	—	—	28	—
Total	100	100	100	100
Número de casos	201	201	105	105

Fuente: Elaboración propia de la encuesta Redes sociales y bienestar, 2008.

4. DENSIDAD DE CONTACTOS Y LOS EFECTOS DE LA REDUCCIÓN DEL TAMAÑO DE LAS FAMILIAS

Si se pregunta a las personas viudas sobre la frecuencia de contactos con cada uno de los miembros de su red social de forma individualizada, y sobre todo cuando se trata de los hijos emancipados o los hermanos, en la gran mayoría de los casos se manifiesta que dicha frecuencia de contactos es muy elevada. Así, algo más 2 de cada 3 personas viudas con hijos emancipados, sin diferencias significativas por sexo, manifiesta que los ve y pasan un rato de ocio juntos al menos una vez por semana (69%) y una proporción similar de hijos señala también que ve a sus padres viudos al menos una vez por semana (75%), también sin diferencias significativas en función del sexo. A mayor número de hijos, mayor es la intensidad de contactos, no sólo porque cuando no se ve a uno se ve a otro, sino también porque la probabilidad de que los hijos vivan lejos es menor a mayor número de ellos (cf. cuadro 4). El contacto declarado con los hermanos es menos habitual, pero, no obstante, frecuente: un 54% señala que ve al menos una vez a la semana al hermano/a que ve con más frecuencia y un 13% lo hace varias veces

al mes. Como sucede en el caso de los hijos, aunque de forma menos lineal y por las mismas razones, a menor número de hermanos, menor frecuencia de contactos. En este sentido, la tendencia hacia una familia cada vez más reducida debería afectar sustancialmente a la sociabilidad de las personas viudas, limitando sus contactos con otras personas y favoreciendo el aislamiento social cuando no se tienen hijos o no se tienen hermanos.

Ahora bien, la red social no está integrada sólo por familiares directos, sino que también se encuentran las amistades, y el contacto con amigos, cuando se tienen, tiende a ser también frecuente, pues el 65% señala que los ve una o más veces a la semana. La intensidad de estos contactos no está relacionada ni con el número de hijos que se tiene, ni con el número de hermanos, por lo que el contacto con amigos no se evidencia como sustitutivo del contacto con los familiares directos y la reducción del tamaño de la familia no tendría necesariamente que compensarse con un aumento del contacto con amigos.

Un indicador más global de la frecuencia de contacto con otras personas lo podemos encontrar si se pregunta, como se hizo en la encuesta Redes sociales y bienestar, por las personas que se han visto "en los últimos fines de semana" previos a la entrevista para pasar un rato de ocio conjunta-

CUADRO 4

FRECUENCIA DECLARADA DE CONTACTOS PERSONALES PARA PASAR UN RATO DE OCIO CON DISTINTOS MIEMBROS DE LA RED SOCIAL

Número de hijos/hnos.	Hijo/a emancipado al que más ve			Hermano/a al que más ve			Amigos/as
	1	2	3 y más	1	2	3 y más	
Diariamente	39	47	55	14	17	30	-
Varias veces a la semana	:	23	27	13	26	21	-
Una vez a la semana	30	14	8	:	13	13	57*
Varias veces al mes	:	9	6	17	9	11	12
Varias veces al año	12	5	3	24	33	22	9
Una vez al año o menos	:	:	:	20	:	:	8
Nunca	:	:	:	7	:	:	14
Total	100	100	100	100	100	100	100
Número de casos	33	86	139	71	54	117	306

* Una o más veces a la semana.

Fuente: Elaboración propia de la encuesta Redes sociales y bienestar, 2008.

CUADRO 5

**PERSONAS QUE SE DECLARAN HABER VISTO Y PASADO UN RATO DE OCIO DURANTE
LOS FINES DE SEMANA PREVIOS A LA ENTREVISTA**

	Número de hijos/as			Número de hnos./as			Total
	0	1	2+	0	1	2+	
Nadie	22	22	12	17	13	15	15
Padres	:	:	4	:	:	5	4
Hermanos/as	20	12	21	–	11	30	20
Hijos/as	–	46	74	46	77	66	64
Otros familiares (carnales)	25	18	19	25	17	19	20
Otros familiares del cónyuge/pareja	20	19	7	8	7	11	9
Amigos/as	40	47	49	52	42	49	48
Vecinos/as	:	16	16	18	8	18	15
Otras personas	:	:	3	:	:	3	4
Total*	127	180	205	166	175	216	200
Número de casos	26	44	236	59	75	172	306

Notas:

* La suma total es mayor que 100 por admitirse más de una respuesta.

": " Menos de 5 casos.

Fuente: Elaboración propia de la encuesta Redes sociales y bienestar, 2008.

mente. Este indicador de sociabilidad evidencia una frecuencia de contactos menos intensa que la que sugieren los indicadores anteriormente referidos, pues ni el contacto con hijos, hermanos o amigos parecen tan frecuentes, ni el número de categorías de relaciones que se citan son muchas, pues como media se señalan solamente dos categorías distintas de relaciones. Con todo se evidencia una sociabilidad en general extensa y variada, aunque hay una proporción apreciable de personas viudas que refieren no haber visto a nadie (14%). Así, el contacto con amigos está casi tan extendido como el contacto con los hijos, mientras que el contacto con hermanos es bastante más esporádico. El contacto con otros familiares que no sean los más próximos tampoco es infrecuente y parece estar tan extendido como el contacto con hermanos. Por otra parte, el contacto con la familia del cónyuge fallecido es poco frecuente, aunque preguntados específicamente al respecto no se refiere un distanciamiento como consecuencia de la pérdida del cónyuge, pues en la gran mayoría (63%) sostiene que son iguales que antes de enviudar.

Según este indicador los efectos de la reducción del tamaño de la familia, sobre todo del número de hijos, se traducen efectivamente en una

menor sociabilidad y en consecuencia, en un mayor riesgo de aislamiento, al menos durante los fines de semana. Así, la proporción de personas viudas que señalan no haber visto a nadie es el doble cuando no se tienen hijos o sólo se tiene uno que cuando se tienen dos o más y alcanza casi a una de cada cuatro (22% frente a 12%). Por otra parte, también a menor número de hijos, mayor probabilidad de no haberlos visto y haber pasado un rato de ocio con ellos. La ausencia de hermanos o el tener pocos no está tan claramente relacionada con una menor densidad de contactos.

Ahora bien, aunque la ausencia de hijos comporta un mayor riesgo de aislamiento social, el caso de las personas viudas sin hijos que no han visto a nadie en los pasados fines de semana no es la situación más habitual. Quienes no tienen hijos tienen habitualmente a otros miembros en su red social con quienes mantener contacto regular y salir del aislamiento que con frecuencia conlleva la viudedad. Estas otras personas son principalmente amistades, más que los hermanos u otros familiares, si bien el contacto con amigos no es más frecuente a menor número de hijos o de hermanos. En este sentido, los hermanos no actúan como equivalentes funcionales de los hijos en los casos de viudedad.

CUADRO 6

RESPUESTAS A LA PREGUNTA: ¿CON QUIÉN DIRÍA QUE PASA MÁS TIEMPO LIBRE Y DE OCIO, CON LA FAMILIA O CON LOS AMIGOS?

Número de hijos/hermanos	Viudos/as						Casados/as	
	Sin hijos	1 hijo/a	2 y + hijos	Sin hnos.	1 hno./a	2 y + hnos.	Total	Total
Con la familia	38	39	52	42	51	51	45	68
Más o menos igual	24	8	16	23	21	11	16	11
Con los amigos/as	38	53	32	35	29	38	35	22
Total	100	100	100	100	100	100	100	100
Número de casos	21	36	208	48	63	152	263	

Fuente: G. Meil, Encuesta Redes sociales y bienestar, enero 2008.

El porcentaje de personas viudas que refieren haber aumentado su contacto con los hermanos como consecuencia de la viudedad es bajo (15%) y aunque es algo mayor cuando no se tienen hijos (23%) que cuando se tienen (14%), no es, sin embargo, suficientemente grande para ser significativo. Lo más habitual (68%), tanto entre hombres como entre mujeres, en las ciudades grandes como en las pequeñas, es que las relaciones con los hermanos no se hayan modificado sustancialmente, esto es, que vean con la misma frecuencia a sus hermanos antes que después de la muerte del cónyuge/pareja. De esta suerte, cuando no se tienen hijos o se tiene sólo uno, el ocio tiende a organizarse habitualmente más con las amistades que con la familia (cf. cuadro 6) y no se produce una reactivación de las relaciones fraternales como consecuencia de la viudedad, mientras que cuando se tienen más hijos sucede lo contrario.

No obstante, las amistades tienden a jugar un papel más importante en la organización del ocio entre las personas viudas que entre quienes tienen cónyuge o pareja, como puede observarse en el cuadro 6. Esta mayor orientación hacia las relaciones de amistad está propiciada ante todo por la necesidad de buscar una compensación al vacío generado por la pérdida del cónyuge, así como para no sobrecargar a la familia. Es un proceso ampliamente documentado que durante la adaptación al rol de viuda, mientras en las primeras fases de luto la familia juega un papel central, con el paso del tiempo, cuando se mantiene la autonomía funcional, las amistades pasan a desempeñar un papel más activo (Connidis, 2001; Lopata, 1996). La mayor importancia de las amistades con el tiempo sería así reflejo del proceso

de adaptación a la nueva realidad familiar. Con todo, ni todas las personas, ni todos los grupos sociales recomponen sus relaciones sociales en materia de utilización del tiempo libre y del ocio de la misma manera. Así, la orientación familista en la organización del tiempo libre (la de quienes pasan más tiempo de ocio con la familia) se da más a mayor número de hijos y cuando se pertenece a los estratos sociales medios-bajos o a la clase trabajadora, siendo una práctica tan habitual en las grandes ciudades como en las pequeñas y tanto entre hombres como entre mujeres. El mayor recurso a las amistades, por el contrario, es más propio cuando no se tienen hijos o sólo uno y entre la clase media-alta.

En consecuencia, la tendencia hacia una familia reducida tiende a reducir la sociabilidad de las personas viudas, aunque no tiene por qué comportar el aislamiento social, a pesar de la centralidad que tienen los hijos en la sociabilidad de las personas mayores y en particular de las personas viudas. La afinidad con otras personas, ya sean familiares o no, permite mantener una red social más o menos amplia que permite organizar el tiempo libre y evitar la soledad.

5. LOS EFECTOS DE LA REDUCCIÓN DE LA FAMILIA SOBRE EL POTENCIAL DE SOLIDARIDAD

Las redes sociales constituyen una parte importante del capital social de las personas (Saraceno, Olagnero y Torrioni, 2005), no sólo para lograr

sociabilidad durante el tiempo libre, sino también para obtener ayuda en casos de necesidad. A través de dichas redes fluyen recursos tanto materiales como inmateriales que afectan o pueden afectar de forma más o menos significativa a la calidad de vida de las personas y a sus oportunidades vitales. Una de las características de las ayudas que fluyen a lo largo de las redes sociales es su marcado carácter "vertical" (Attias-Donfut, 1995; Nave-Herz, 2002; Meil, 2002), esto es, que buena parte del flujo de ayudas mutuas que circulan entre los miembros de la red operan en el marco de las relaciones intergeneracionales, entre padres e hijos. En este contexto, la ausencia de hijos puede constituir una importante carencia de fuentes de ayuda y apoyo en caso de necesidad.

Para medir la posible incidencia de la reducción del tamaño de la familia sobre el potencial de ayuda en caso de necesidad preguntamos a los entrevistados, en la encuesta Redes sociales y bienestar, si en caso de necesidad podían contar con la ayuda de alguna persona y, en su caso, con la de quién, en cuatro situaciones tipo, a saber: 1) ayuda en servicios "para la realización de las tareas de la casa en caso de enfermedad prolongada"; 2) "consejo sobre problemas personales o familiares"; 3) apoyo emocional "porque se siente algo deprimido/a" y 4) ayuda económica "porque necesitara urgentemente 1.000 euros para hacer un pago"³. Dado que potencialmente los entrevistados podían tener muchas personas a quienes acudir, se les pidió que señalaran por orden las 3 personas que consideraban más importantes.

Los resultados obtenidos resultan bastante sorprendentes. En contra de lo que cabría esperar, sólo alrededor de la mitad de las personas viudas señalan a una segunda persona como potencial fuente de ayuda en caso de necesidad, y son menos de un cuarto quienes señalan una tercera persona. Estas pautas de respuesta son frecuentes cuando se hacen preguntas con respuesta múltiple, pero también denotan que los entrevistados no identifican tan fácilmente a quién pueden pedir ayuda y posiblemente trasluce también que en muchos casos sean renuentes a pedirla aunque la necesiten.

No obstante, la gran mayoría de las personas viudas pueden contar con la ayuda de alguien en caso de necesidad, particularmente en las di-

³ Se han utilizado las mismas preguntas y dimensiones que en la Encuesta europea de calidad de vida (Saraceno, Olagnero y Torroni, 2005).

mensiones que comportan menos esfuerzo, como son el apoyo emocional y el consejo. En el caso de ayudas en servicios que requieren más tiempo y esfuerzo como es la realización de tareas domésticas en caso de enfermedad, es más frecuente no poder contar con la ayuda de nadie (25%), siendo más fácil encontrar a alguien que pueda prestar dinero (sólo el 18% dice que no podría recurrir a nadie).

Aunque los hijos ocupan un lugar privilegiado en la estructura de los intercambios de ayuda mutua en el seno de las redes sociales, no aparecen en todos los casos como la principal fuente de posible apoyo. Así, no aparecen citados por todas las personas viudas con hijos como potencial fuente de ayuda para la realización de tareas domésticas (sólo son citados por el 68%), ni incluso para apoyo emocional (68%), ni tampoco para recibir consejo (72%); sólo en caso de necesitar dinero se acudiría en casi todos los casos a los hijos (90%). A mayor número de hijos, mayor probabilidad de que se considere a los hijos como fuentes de ayuda en caso de necesidad (cf. cuadro 7).

Los hijos, no obstante, no son la única fuente de ayuda, sino que otros familiares también aparecen citados con cierta frecuencia, principalmente los hermanos. El recurso a los hermanos tiende a ser más frecuente cuando no se tienen hijos o se tienen pocos. Los amigos y en algunos casos los vecinos también pueden proporcionar ayuda, sobre todo, apoyo emocional y consejo, aunque también son vistos por una apreciable proporción de personas viudas sin hijos o con sólo uno como potencial fuente de ayuda económica, pero no en la dimensión de ayudas personales en servicios que requieren tiempo y esfuerzo. De hecho, esta es la dimensión en la que con más frecuencia se refieren problemas para recibir ayuda. La ausencia de hijos afecta, por tanto, de forma decisiva a la posibilidad de recibir ayudas personales que requieren tiempo y esfuerzo y que ocupan un lugar importante en el sistema de intercambio de ayudas mutuas dentro de las redes sociales en España.

La circunstancia en la que se manifiesta más claramente esta dificultad es cuando comienza la pérdida de autonomía personal y se necesita la ayuda de otras personas para desenvolverse en la vida cotidiana. En este caso la tenencia de hijos es crucial para recibir ayuda, particularmente la tenencia de hijas, ya que éstas son quienes continúan asumiendo en la gran mayoría de los casos el rol de cuidadora de los mayores dependientes. El análisis de las pautas de cuidado cuando no se tienen hijos es,

CUADRO 7

PERSONAS A LAS QUE ACUDIRÍAN LAS PERSONAS VIUDAS EN CASO DE NECESITAR AYUDA

Número de hijos	Ayuda con tareas domésticas			Consejo para resolver problemas			Apoyo emocional			Ayuda económica		
	0	1	2+	0	1	2+	0	1	2+	0	1	2+
Nadie	20	43	23	:	11	14	:	9	13	28	16	17
Hermanos	36	16	14	28	39	29	32	39	15	36	46	19
Hijos	—	32	74	—	55	76	—	36	73	—	52	97
Otros fam.	:	11	6	24	20	10	:	14	7	24	16	5
Amigos/vecinos	20	16	15	48	41	44	56	50	54	36	27	14
Número de casos	25	44	237	25	44	237	25	44	237	25	44	237

Fuente: G. Meil, Encuesta Redes sociales y bienestar, enero 2008.

sin embargo, difícil, por falta de un número suficiente de casos en las bases de datos que utilizamos. No obstante, sí pueden señalarse algunas consecuencias derivadas de la caída del tamaño de las familias. En primer término, quienes no tienen hijos o tienen pocos y necesitan ayuda, en general, no señalan que no reciben ningún tipo de ayuda, pues en la gran mayoría de los casos reciben ayuda de una empleada del hogar, más que de los Servicios Sociales, que apenas aparecen como fuente de ayuda. Cuestión diferente es si la satisfacción con la ayuda recibida es mayor cuando procede de una hija

que cuando lo es de una empleada de hogar, así como la continuidad en la ayuda recibida. Por otra parte, los amigos y los vecinos desaparecen como fuentes potenciales de ayuda en estas circunstancias, así como los familiares que no son descendientes directos y particularmente los hermanos, quienes quizá se encuentren también en la misma situación de necesidad de recibir ayuda. En este sentido, como se ha indicado, la tenencia de hijos y sobre todo de hijas es de gran importancia para recibir servicios de cuidado personal cuando se ha perdido la autonomía funcional, siendo en este caso

CUADRO 8

PERSONAS QUE AYUDAN A LAS PERSONAS VIUDAS QUE NECESITAN AYUDA PARA EL DESENVOLVIMIENTO DIARIO PARA LAS ACTIVIDADES

Número de hijos	Bañarse/ducharse			Hacer compras			Salir a la calle			Ir al médico		
	0	1	2+	0	1	2+	0	1	2+	0	1	2+
Hija	—	58	58	—	43	53	—	52	53	—	53	62
Hijo	—	11	7	—	13	18	—	:	14	—	19	16
Otros fam.	:	:	8	:	:	6	:	:	8	33	8	8
Amigos/vecinos	:	:	:	:	:	2	:	:	4	:	:	2
Empleada hogar	46	13	12	33	13	9	36	:	10	:	9	5
Serv. Sociales	:	:	6	:	:	2	:	:	3	:	:	:
Nadie/NC	:	:	5	:	:	8	36	17	7		8	6
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Número de casos	11	38	215	12	30	200	11	29	203	15	58	278

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la encuesta 2.647 de 2006 del CIS.

cuando los efectos negativos de la reducción del tamaño de la familia se hacen más evidentes.

¿Cómo afecta entonces a la calidad de vida de las personas viudas la reducción del tamaño de la familia y la no tenencia de hijos? ¿Están menos satisfechas con su vida las personas viudas que no tienen hijos? ¿Cómo afectan las características de la red social que hemos analizado a su satisfacción vital?

6. LOS EFECTOS DE LA REDUCCIÓN DE LA FAMILIA SOBRE LA CALIDAD DE VIDA

La calidad de vida tiene significados muy diversos según los contextos en los que se discute e incluye múltiples dimensiones. En términos muy generales hace referencia al bienestar global de los individuos en un sentido amplio y multidimensional (Böhnke, 2005). En una concepción tan amplia, con el término calidad de vida se hace referencia, por un lado, a las condiciones objetivas de vida y, por otro lado, a la evaluación subjetiva que los individuos hacen de su situación particular (Rapley, 2003). Es decir, por un lado, se encuentran las condiciones objetivas de vida o "recursos" de los que disponen los individuos y que Allardt (1976 cit. por Böhnke, 2005) centra en tres dimensiones básicas "*Having, Loving and Being*", que en buena medida son un desarrollo teórico, más profundo y amplio, de la sabiduría popular, que tras siglos de experiencia acumulada ha destilado la esencia de la felicidad en la disposición de "dinero, amor y salud". Por otra parte, se encuentra la percepción subjetiva de bienestar que tienen los individuos y que se mide habitualmente bien mediante escalas de satisfacción con distintos aspectos de la vida (familia, cónyuge, relaciones sociales, vivienda, ingresos, etc.) o de forma global con la vida en general, bien mediante la percepción subjetiva de felicidad, bien mediante escalas sobre estados de ánimo.

Para analizar los efectos de la reducción del tamaño de la familia sobre la calidad de vida de las personas viudas no nos centraremos en la dimensión de las condiciones objetivas de vida, sino en la evaluación subjetiva que hacen de su vida. Para ello hemos utilizado en la encuesta Redes sociales y bienestar un conjunto de preguntas que tenían como objeto medir, por un lado, estados de ánimo (frecuencia de siempre a nunca con la que el entre-

vistado se siente a gusto y relajado/a, deprimido/a, lleno de energía y vitalidad, solo/a y cansado) y por otro, la percepción de grado de felicidad (de muy feliz a nada feliz), así como la satisfacción con la vida en general (de nada a muy satisfecho). A partir de las respuestas dadas a estas preguntas se ha construido un indicador aditivo simple que, en una escala de 1 (nada) a 5 (mucho), mide de forma global el grado de bienestar subjetivo. Este indicador presenta un grado de consistencia interna en las pautas de respuesta elevado (Cronbach alfa 0,74), por lo que resulta adecuado para medir la evaluación subjetiva de bienestar individual.

A mayor número de hijos el indicador de bienestar subjetivo tiende a aumentar, pero lo hace de una forma tan reducida (de 3,37 entre quienes no tienen hijos hasta 3,53 entre los que tienen 3 o más hijos) que las diferencias no son estadísticamente significativas. Por tanto, las personas viudas sin hijos o con sólo uno, no se sienten con mucha más frecuencia solas o deprimidas, ni menos felices o satisfechas con la vida que las personas con un mayor número de hijos. De igual forma, la tenencia o no y el número de hermanos tampoco están relacionados con el bienestar objetivo.

Ahora bien, si la estructura de la red social no se evidencia como relevante para el bienestar subjetivo, no sucede lo mismo con la frecuencia de contactos. Así, quienes declaran no haber visto a nadie los pasados fines de semana presentan un grado de bienestar subjetivo sensiblemente inferior a quienes sí han visto y han pasado un rato de ocio con alguien (3,1 frente a 3,6; $p = 0,001$) y esta satisfacción es tanto mayor cuantas más personas han visto ($p = 0,005$). El tipo de vínculo con la persona a la que han visto no influye en el grado de percepción subjetiva de bienestar, de forma que quienes han visto a hijos manifiestan el mismo grado de bienestar que quienes han visto a amigos (3,6 y 3,7 respectivamente), no muy diferente del que señalan quienes han visto a hermanos (3,4) o a otros familiares (3,5). Por tanto, no importa tanto la estructura de la red social como la sociabilidad de los individuos. Si éstos mantienen relaciones sociales frecuentes y satisfactorias, su bienestar subjetivo es mayor que cuando no es el caso y el hecho de que esta sociabilidad se dé con amigos en lugar de con familiares o con hijos no se evidencia como especialmente relevante. Las personas sin hijos o con muy pocos hijos han querido conscientemente o han terminado aceptando esta circunstancia y no por ello se sienten con más frecuencia solos y deprimidos, o se sienten menos felices, o están más insatisfechos con la vida que quie-

nes sí los tienen o tienen un mayor número de ellos, siempre que tengan otras relaciones sociales que consideren satisfactorias.

Además del contacto, la posibilidad de poder contar con la ayuda de miembros de la red en casos de necesidad también contribuye al bienestar de las personas. Así, las personas que no pueden contar con la ayuda de nadie en caso de que necesiten dinero o que les ayuden con las tareas del hogar porque están enfermas tienen menor bienestar (3,2 en ambos casos) que quienes señalan poder contar con la ayuda de los hijos (3,5 y 3,6 respectivamente) o con la ayuda de amigos (3,6 en ambos casos). En el caso de apoyo emocional se repite la misma pauta, pero en este caso las diferencias no son estadísticamente significativas porque existen pocos casos que señalan no poder contar con el apoyo emocional de nadie. Por tanto, también en la dimensión de la solidaridad dentro de la red social no aparece como relevante si la ayuda procede de hijos, de hermanos o de amigos; lo que importa es que las relaciones sean lo suficientemente estrechas como para que se pueda solicitar ayuda.

El bienestar subjetivo de las personas depende de múltiples circunstancias, siendo las de mayor impacto el nivel de renta y el estado de salud: a mayores dificultades económicas y peor salud, mayor frecuencia de sentimientos negativos y menor satisfacción con la vida. En el caso de la viudedad, el tiempo que se lleva en dicha situación es también altamente relevante, pues a mayor tiempo transcurrido mayor probabilidad de haber superado el trauma que generalmente conlleva la viudedad (Lopata, 1996). Si se controlan mediante un análisis de regresión lineal los efectos del nivel de renta (a través de la mayor o menor dificultad para llegar a fin de mes), el estado de salud (a través de la percepción subjetiva de salud) y el tiempo que se lleva siendo viudo/a, los resultados discutidos en los párrafos precedentes se mantienen. Por tanto, el disponer de una red social activa con contactos frecuentes y por la que fluyen ayudas materiales e inmateriales es de gran importancia para el bienestar subjetivo. Para este bienestar subjetivo, las características de la estructura de la red social no se evidencian como especialmente relevantes, sino ante todo el hecho de mantener relaciones sociales satisfactorias y poder contar con la ayuda de otras personas en caso de necesidad. En este sentido, la reducción del tamaño de la familia no tiene por qué afectar a la percepción subjetiva de bienestar, siempre que se disponga de una red social que proporcione la sociabilidad y las ayudas en caso de necesidad que las personas necesitan.

7. CONCLUSIONES

La reducción del tamaño de la familia no tiene por qué traducirse como norma en mayor aislamiento social y en una peor calidad de vida en los casos de viudedad, como habíamos hipotetizado en un principio.

Aunque quienes no tienen hijos o sólo tienen uno presentan un mayor riesgo de aislamiento social, la mayoría de las personas viudas encuentran en otros miembros de su red social, principalmente entre los amigos, a personas con quienes organizar parte de su tiempo libre y evitar la soledad y el aislamiento social. En la medida en la que esto suceda, su bienestar subjetivo no es peor que el de las personas viudas con mayor número de hijos, pues lo relevante para la satisfacción con la vida y la felicidad es la disponibilidad de miembros en la red social con quienes exista una buena relación y se pueda pasar parte del tiempo libre conjuntamente, más que el hecho de que el vínculo que una a las personas sea de filiación.

Lo mismo cabe decir respecto a la posibilidad de recibir ayuda en caso de necesidad. Cuando no se tienen hijos o sólo se tiene uno, hay mayor probabilidad de no tener a nadie a quien acudir en caso de necesidad, pero la mayoría de las personas viudas en estas circunstancias consideran que pueden acudir a otras personas afines si necesitan ayuda. Mientras que las amistades se visualizan como fuente de ayuda en caso de necesitar apoyo emocional o consejo, los hermanos/as son quienes se consideran potenciales fuentes de ayuda cuando se necesita dinero o servicios que requieren tiempo y esfuerzo. Sólo cuando no se dispone de nadie dentro de la red social a quien acudir en caso de necesidad, más que si el tipo de vínculo es filial o de otro tipo, se deteriora el bienestar subjetivo, al ser más frecuentes los sentimientos negativos hacia la vida y el entorno social en el que se vive. No obstante, la tenencia de hijos se evidencia como altamente importante en los casos de dependencia, pues son casi exclusivamente los hijos, y más concretamente las hijas, y las empleadas domésticas quienes figuran como cuidadores de las personas viudas dependientes, desapareciendo todos los demás miembros de la red social como potenciales cuidadores.

Si la reducción del número de hijos no tiene por qué traducirse en aislamiento social y en una peor calidad de vida en caso de viudedad, menos

aún la reducción del número de hermanos, pues aunque el contacto con éstos sea más o menos estrecho y regular, ocupan un lugar claramente subordinado dentro del flujo de intercambios de la red social de las personas viudas. Más allá de casos individuales, los hermanos no operan como equivalentes funcionales de los hijos, cuando no se tienen, en la sociabilidad y en la prestación de apoyo en caso de necesidad. De hecho, la mayoría de las personas viudas refieren ver con más frecuencia a amigos que a hermanos y como potencial fuente de ayuda en caso de necesidad también los amigos aparecen más frecuentemente citados que los hermanos.

BIBLIOGRAFÍA

ALLARDT, E. (1976), "Dimensions of welfare in a comparative Scandinavian study", en *Acta Sociologica*, 19, 3: 227-239.

ATTIAS-DONFUT, C. (ed.) (1995), *Les solidarités entre générations. Vieillesse, Familles, État*, París, Nathan.

BENGSTON, V. L.; ROSENTHAL, C., y L. BURTON (1990), "Families and aging: Diversity and heterogeneity", en BINSTOCK, R. y L. GEORGE (eds.), *Handbook of aging and social sciences*, Nueva York, Academic Press: 263-287.

BÖHNKE, P. (2005), *First European Quality of Life Survey: Life satisfaction, happiness and sense of belonging*, Dublín, Eurofound.

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS (2006), *Condiciones de vida de las personas mayores*, Encuesta 2.647, microdatos.

CONNIDIS, I. A. (2001), *Family Ties and Aging*, Thousand Oaks, Sage.

IMSERO (2009), *Las personas mayores en España. Informe 2008*, Instituto de Mayores y Servicios Sociales, Madrid, disponible en <http://www.imersomayores.csic.es/estadisticas/informemayores/informe2008/index.html>.

LOPATA, H. Z. (1996), *Current Widowhood, Myths and Realities*, Thousand Oaks, Sage.

MEIL, G. (2002), "Hogares nucleares y familias plurigeneracionales", en varios autores, *Estructura y cambio social, libro homenaje a S. del Campo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas: 219-252.

NAVE-HERZ, R. (2002) (ed.), *Family Change and Intergenerational Relations in Different Cultures*, Würzburg, Ergon.

PÉREZ ORTIZ, L. (2003), *Envejecer en femenino*, Madrid, Instituto de la Mujer, col. estudios 81.

PHILLIPSON, C. H. (2003), "From Family Groups to Personal Communities: Social Capital and Social Change in the Family Life of Older Adults", en Bengston, V. L., y A. Lowenstein (eds.), *Global Aging and Challenges to Families*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 54-74.

RAPLEY, M. (2003), *Quality of life research, A critical introduction*, Londres, Sage.

REHER, D. S. (1996), *La familia en España, Pasado y presente*, Madrid, Alianza.

SÁNCHEZ VERA, P., y M. BOTE (2007), *Los mayores y el amor*, Valencia, Nau libres.

SARACENO, CH.; OLAGNERO, M., y P. TORRIONI (2005), *First European Quality of Life Survey: Families, Work and Social Networks*, Dublín, Eurofound.

TREAS, J. (1995), "Beanpole or beanstalk? Comments on the demography of changing intergenerational relations", en BERNSTON, V. L.; SCHAE, K. W., y L. M. BURTON (eds.), *Adult Intergenerational Relationships*, Nueva York, Springer.